

ANTONIA FERNÁNDEZ JIMÉNEZ Emigrante en Alemania



La bisabuela Antonia guarda, a sus 75 años, la belleza y la ternura de una niña. Sin embargo, la aparente candidez esconde una mujer sabia. La vida, con sus experiencias, alegrías, y sobre todo, con sus penurias, se ha encargado de enseñarle cientos de lecciones. Entre ellas, el dolor de emigrar a Alemania y dejar a sus hijas en España para que recibieran una educación. Muy pocas personas han llegado a conocer a varias generaciones anteriores y posteriores. Ella sí. Su tatarabuela, bisabuelos, abuelos, progenitores, hijos, nietos y biznietos han tenido un papel vivo, a veces largo, otras corto, en sus tres cuartos de siglo en esta tierra desigual.

Me parece una antigüedad
que la mujer gitana
se ponga límites

El semblante se entristece cuando recuerda que mataron a su padre en la guerra. Su madre murió al poco tiempo y sus abuelos la acogieron junto a sus dos hermanos. Con 15 años se casó, no sin una cierta oposición del párroco. "Finalmente accedió porque yo negué que mi familia me hubiese metido en eso. Yo le dije a mi entonces novio, que no me iba a casar porque estudiaba en el colegio. Pero una tía mía me aconsejó que lo aceptara. Si los abuelos morían, yo tendría que hacerme cargo de mis hermanos pequeños. He estado con mi marido durante 50 años. Ha sido un buen hombre, un buen marido, un buen padre y trabajador. Desde que nos echaron las bendiciones, siempre juntos."

Una vez desposada, comenzó el trasiego por diversos pueblos de la provincia de Granada. Diariamente caminaba durante 10 horas, descalza aunque el suelo estuviese embarrado, para vender telas y otros enseres. En un hombro, su hija. En el otro, el hatillo con la mercancía. "Tuve que adaptarme a la pobreza y me costó mucho trabajo porque mis abuelos eran ricos. De la noche a la mañana tuve que desacostumbrarme de muchas cosas. Junto a mis 8 cuñadas recorriamos los pueblos. Yo pensé que cada una tenía que vender en uno porque había que diversificarse para aumentar las ventas. Si no vendíamos, no comíamos. Pasado un tiempo, la gente me tomó tanto cariño que cuidaban a mi hija Angustias, que ahora está en Bilbao con su marido haciendo futuro, mientras yo trabajaba. Las telas pesaban mucho porque eran todo algodón. Debido a las cargas tengo un brazo cuatro centímetros más corto que el otro."

Tras varios años de venta ambulante, con letras mayúsculas, se asentó con su familia en Tiena: un pueblo de un sólo amo que sólo admitió a esta prole gitana. "Yo vendía a todo el mundo, entre ellos a María, la maestra del pueblo. No quería que mis hijos fuesen analfabetos, así que hablé con ella y enseñé a mis tres niñas desde chiquitas. Cuando venían del colegio tenía mi olla preparada con lo que Dios nos daba."

La posguerra no perdonó ni el hambre, ni el empeoramiento de la venta. El matrimonio, junto con su hija Rafaela, siguió los pasos de su hijo y emigraron, como tantos otros paisanos, a Alemania. La distancia aplacó el estómago, pero avivó la pena por la separación familiar. El único consuelo fue que sus hijas se educarían. De hecho, fueron las primeras universitarias gitanas de Granada. "Mi marido y yo consentimos en que Loli y Paqui se quedaran con las monjas para que, por lo menos, supiesen leer y escribir. Se informaron de qué clase de personas éramos y me dijeron que podía traer a las niñas cuando quisiera. Eran las más estudiosas de toda la clase y me pidieron que por favor no me las llevara porque me arrepentiría. Cuando oyes eso, se te quiebra el corazón. Lo único que les pedí fue que no saliesen. Durante el verano venían a Alemania, trabajaban y ellas mismas ganaban para sus estudios. Recuerdo que en uno de los viajes, en el aeropuerto, Paquita se puso a llorar. Le dije que lo hacía por ellas, por su futuro. Yo había buscado el mío y no quería que pasaran lo mismo que yo porque era muy malo. También les recordé que jamás cogieran ni un lápiz de la escuela, porque cualquier cosa que desapareciera sería su culpa por ser gitanas."

"Cuando llegué a Alemania el frío se metía en los huesos. Los españoles se portaron muy bien con nosotros y se echaron encima la obligación de darnos de comer y buscarnos un empleo. Me colocaron como limpiadora en casa de una médica que me quería mucho. Incluso me dio un abrigo de astracán de su madre, me calzó... El panadero nos guardaba el pan y los dulces del día anterior. También estuve en una casa de fotos. Posteriormente comencé a trabajar en una fábrica. ¡Cinco años sin ver la luz del día! Dedicábamos diez horas en una planta donde se fabricaban llaves. ¡Qué pesos! Mi hija Rafaela y mi nuera trabajaban conmigo. Metí allí a casi toda la familia. Después me contrataron en una empresa de cortinas, donde mi misión era coser raíles muy chiquitillos. Recuerdo que vinieron a buscarme de la primera compañía y me dijeron que me subían el sueldo, pero ni loca hubiese vuelto con lo que había sufrido. Las alemanas, las turcas, las yugoslavas... todo el mundo me quería mucho. Veníamos de todos los países del mundo. He tenido que aguantar porque no estaba en mi tierra y tenía que hacer lo que Dios quería, ya que por lo menos teníamos para comer. Sólo una vez me he sentido discriminada por ser gitana. Algunas compañeras que me tenían envidia se fueron al jefe con el cuento. Cuando me llamó y me preguntó si lo era le dije que sí. Pero también añadí, en alemán, que todas las demás eran gitanas (risas). Y me dijo: *Frau Fernández, no importa lo que usted sea porque es muy buena trabajadora y la queremos mucho.*"

Tras 11 años en el país, los médicos le diagnosticaron a su marido una enfermedad pulmonar. Al recomendarles la conveniencia del clima español para su salud, regresaron. "Le dije que teníamos que comprar un piso, porque sino, toda la vida de Dios estaríamos pagando un alquiler en saco roto. Lo vio bien. Las niñas ya iban y venían de la universidad. La gente me decía: ¿que creará la Antonia que van a hacer sus niñas, si no van a sacar nada y no se van a colocar por ser gitanas? Se reían de mí. El Señor me puso una venda y no hacía caso de nadie. Al igual que ellas, tenía mucha ilusión. Fueron las primeras que sacaron la carrera en Granada. Una es maestra y la otra abogada. Y ahora dicen, ¡mira qué bien! Mis hijas están haciendo lo mismo con su descendencia."

"Aquel que no sepa leer ni escribir es un ciego." Con esta claridad habló durante una entrevista realizada en Canal Sur Televisión, cadena que le otorgó el premio "Gente corriente" el 16 de julio de 1998. Un reconocimiento que, posteriormente, partió del Ayuntamiento de Granada. El dos de febrero de 2000, D. José Moratalla, por aquel entonces alcalde de la ciudad, le entregó el Diploma al mérito de la ciudad. "Soy una mujer moderna y considero que todos somos iguales, españoles cien por cien. Dios me habrá dado esta mentalidad tan abierta. Quizá el premio venga por ser mujer gitana, madre de universitarias y trabajadoras. Una de las satisfacciones más importantes de mi vida es que mis hijas hayan sacado su carrera. He sufrido mucho en esta tierra y eso te hace más fuerte. Si la mujer tiene un empleo puede beneficiar en muchos conceptos. Soy partidaria de que estudie, trabaje y viaje. Hay tradiciones que deberían seguir, porque es bonito que una mujer se case mozuela. Pero me parece una antigüedad que la mujer gitana se ponga límites. Los maridos no son como antes. Tenías que recogerlos en la puerta y callar aunque lo que dijese fuese mentira. Ahora la mujer habla y actúa libremente, no tiene que esperar a que se aplaque y si lo que dicen no les interesa, que se busquen la vida. La historia de las mujeres mayores gitanas era muy triste porque han luchado mucho solas."

Antonia Fernández Jiménez nació en Illora, provincia de Granada, el 21 de junio de 1926. Madre de las primeras gitanas universitarias de Granada, durante la posguerra emigró a Alemania con parte de su familia. Cesó de trabajar, tras toda una vida, a los 70. Le gusta cantar tangos, coser y el flamenco